

LA NOVELA FILM

N.º 127

30 cts.



LA AVALANCHA

POR

ALICE BRADY

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción

Cortes, n.º 651

Administración

BARCELONA

Año III

N.º 127

LA AVALANCHA

Interesante drama de amor y aventuras,
interpretado por los célebres artistas

ALICE BRADY,

Maurice J. Flynn y otros.



Paramount Pictures Corporation



EXCLUSIVA DE

Seleccine, S. A.

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

J. HORTA, Impresor. - Cortes, 719. - Barcelona

La Avalancha

Argumento de la película

En los bosques del Canadá estaba situada la factoría comercial de La Paix, uno de los mercados de pieles más importantes del país.

El tiempo no había cambiado en nada las costumbres de sus habitantes. A pesar del continuo roce con aventureros y traficantes sin escrúpulos, la mayoría de los habitantes de la comarca conservaban el temor de Dios y el respeto a la ley.

Era la taberna de Gastón Lecour, situada en el corazón de La Paix, lugar de muchos cazadores furtivos. Pero también afluían a ella todos los trabajadores de los bosques que, después de unas horas de ruda labor, buscaban un poco de olvido apurando el vino negro de la posada.

Gastón tenía una hija: Annette, la muchacha más bella y estimada de la región. Era hermosa como la primavera y hacía suspirar a muchos enamorados que soñaban en una boda con la dulce mujer impregnada del perfume montaraz de la selva.

Otra muchacha de La Paix, Leonia Robert, envidiosa y de mal corazón, compartía con Annette los honores de la admiración pública. Bella también, pero con una belleza más dura, más impresionante que la de la mesonera, odiaba a la dulce criatura que lograba las más galantes acogidas.

Tal vez las dos mujeres coincidían en la simpatía

que les inspiraba un hombre llamado Andrés Porel, el nuevo sheriff del lugar. Para Porel el deber era siempre lo primero, aunque tuviera que dar su vida por cumplirlo. Enérgico con todos, imponía por su aire autoritario, lleno de nobleza.



Bella también, pero con una belleza más dura, Leonia odiaba a la dulce criatura que lograba las más galantes acogidas.

Iba muchas noches a la posada de Lecour. Annette y Leonia le miraban a hurtadillas, devorándole con las llamas azules de sus ojos.

Acudía también a la taberna Pablo Gerard, el más rico de los comerciantes en pieles establecidos en La Paix, un hombre que no podía soportar que nadie en nada fuera más que él.

Una noche, Pablo hallábase conversando con el

comandante Amiel, el representante del Gobierno, cuando entró en la taberna un indio llamado Carlitos, indigno jefe de una famosa tribu, que era el piel roja más temido y poco escrupuloso del país. Fué a sentarse al lado de Gastón Lecour y los dos entablaron una larga y animada charla.

Gerard, mirando fijamente a los dos hombres, dijo con ademán sospechoso a Amiel:

—Comandante Amiel, estoy seguro de que el ladrón de las pieles de nuestras trampas es el indio Carlitos.

—Hace años que estáis diciendo lo mismo — contestó Amiel—. Si fuese cierto, Porel le habría echado mano ya.

Una sonrisa de desprecio se dibujó en los labios de Gerard.

—Porel podría también decirnos quién es el que compra las pieles robadas.

—¡No lo creo!

—Vigile usted.

Pero la presencia del sheriff les hizo enmudecer. Annette y Leonia miraron dulcemente al joven que esparció su mirada fuerte, autoritaria, por la concurrencia. Estaba disgustado. Sabía que los robos de pieles repetíanse con frecuencia escandalosa y, a pesar de sus incesantes pesquisas, no había logrado dar con el autor.

Al ver a las dos muchachas, sonrió y comenzó a hablar con ellas. Pero parecía demostrar cierta preferencia por Leonia, tal vez prendado en la tupida red de su coquetería. Notándolo Annette, se apartó lentamente dejando el campo libre a su rival.

El indio Carlitos había salido entretanto, después de cambiar algunas misteriosas palabras con Gastón. Annette se dirigió a su padre y le dijo con voz velada por la tristeza:

—Padre, ¿es cierto que Porel y Leonia se quieren? Gastón contempló a los aludidos y luego respondió:

—No lo sé, pero a ti no te importa nada de ese infeliz... El pobre no puede hacerle el amor a una muchacha tan rica como tú...

Annette no respondió, sintiendo que en su corazón vibraba un sentimiento de amor por el apuesto joven. Y dirigióse a un rincón, esperando que la taberna comenzara a desalojarse.

Poco a poco, los concurrentes abandonaron el mesón, y cuando salió el último parroquiano, Gastón lanzó un suspiro de hombre impaciente, nervioso. Era el caso que debía recibir la inmediata visita del indio Carlitos con quien sostenía ilícitos negocios.

Gastón, hombre ambicioso cuya alma, en perpetua contradicción, luchaba entre el bien y el mal, compraba los géneros que el indio Carlitos robaba a los comerciantes con ayuda de sus hombres de guerra.

El vil salteador no había podido ser aún hallado por Porel, pero no pisaba muy firme terreno. Un día u otro descubrirían su delito y entonces la realidad de la horca se aparecería ante él. Gastón sabía todo esto; comprendía las consecuencias de su complicidad, pero la ambición era mayor que sus escrúpulos. Y la ganancia que alcanzaba en sus ventas de géneros comprados a precio irrisorio, ponía una venda negra ante sus ojos, impidiéndole considerar cuánto de inhumano había en su labor.

—Bueno, pronto a la cama — ordenó Gastón.

Su hija obedeció muy prestamente, pero una criada roja que llevaba ya muchos años a su servicio y que tenía con él gran confianza le dijo:

—Ya veo que no repara usted en medios para que le dejemos a solas con el indio.

—¿Quieres callar? ¿Por qué intervienes en mis cosas?

La criada retiróse suspirando. ¡Ay! ¡El señor iba por mal camino!

Una hora después, Gastón vio llegar a su cómplice,

el indio Carlitos, cargado con un saco de pieles. Aparecía jadeante, tembloroso.

—¿Ha habido alguna novedad? — preguntó, alarmado, el tabernero.

—¡Pues no! ¡Qué acabo de tumbar a un hombre! Creo que era el sheriff Porel... Me había visto robar las pieles en el bosque, y me perseguía. Iba tras de mí, sobre la nieve, corriendo como un demonio. Le disparé una de mis flechas, y el hombre cayó para no levantarse. ¡Que escarmiente!

Un inmenso temblor se apoderó de Gastón.

—¡Estúpido! — gritó—. ¿Qué has hecho? ¿No comprendes que te van a mandar a la horca por eso... y a mí también, de paso?

El indio, más acostumbrado a la maldad, rió:

—No tengo miedo... Nadie se enterará... Los lobos habrán devorado el cadáver...

Gastón sintióse cobarde.

—Márchate de aquí, en seguida — le ordenó—. No quiero más tratos contigo.

—Como usted desee — repuso el indio, tranquilamente—. No me ha de quitar esto ni una gota de sueño... Iré a la bahía del Húdson... Allí venderé las hermosas pieles que tengo.

Carlitos se marchó. Y Gastón quedó presa de un sufrimiento interior, pálido y tembloroso, considerando el crimen, de que tal vez le acusarían.

Al amanecer Annette salió con un trineo a dar un paseo por las cercanas montañas nevadas, y muy próxima a su casa distinguió una sombra negra que se perfilaba sobre el albo manto de la nieve. Acudió solícita a prestar socorro y dió un grito de sorpresa al reconocer, herido, al sheriff Andrés Porel.

—¡Porel! ¡Porel! — exclamó.

Pero el policía estaba sin sentido. Entonces Annette, valerosa, buena, arrastró a Porel hacia su trineo, y los perros emprendieron la marcha en dirección a la posada.

Cuando Gastón vió llegar a su hija con un herido, aumentó su miedo. Encerróse en su cuarto, sin querer ver a Andrés, temiendo que tal vez descubriera que él estaba complicado en el robo de las pieles.

Pero Annette aposentó en una de las habitaciones de la casa a Porel y ordenó fuera llamado el médico. Mientras llegaba el doctor, ella, con sus manos



...ella, con sus manos de ángel, acariciaba el rostro de Andrés...

de ángel, acariciaba el rostro de Andrés y le tributaba palabras consoladoras.

El médico no lo halló de cuidado: una pequeña herida que le producía, sin embargo, un estado febril. Dió a Annette un frasco de medicina para que lo fuera suministrando a Porel, y añadió:

—Si ves que el dolor no le deja descansar, dale

seis gotas... Pero no más de seis gotas, que es veneno...

Annette se desveló para atender al herido. Al día siguiente estuvo ya bien, pudiendo regresar a su casa. Pero Gastón no miraba con buenos ojos la simpatía que se comenzaban a profesar los dos jóvenes. Un sentimiento de gratitud invadió a Andrés, que prometió no olvidar nunca la generosa intervención de



Gastón no miraba con buenos ojos la simpatía que se comenzaban a profesar los dos jóvenes.

la muchacha. Y no era sólo agradecimiento lo que le llevaba hacia ella; era el amor, con todas las ilusiones y esperanzas del hombre que adora por primera vez. Si antaño pudo sentir por Leonia cierta inclinación, el gesto de Annette la llevaba irremisiblemente hacia ésta.

Entretanto, libre por el momento de la ansiedad

que el crimen le produjo, Gastón volvió a demostrar interés por la ganga que el indio le ofreciera.

—Después de la subasta anual, vuelve por mi casa —le dijo a Carlitos—. Quizás podamos hacer negocio. Ahora, todo mi dinero está metido en mercaderías.

—Como quiera, Gastón. Compradores no me han de faltar.

—Lo sé. Y quiero realizar negocio —concluyó el posadero.

**

El gran acontecimiento de La Paix era la subasta anual de pieles. Tenía lugar en la propia posada de Gastón y a ella concurrían cuantos traficaban con el artículo.

Pablo Gerard, uno de los principales comerciantes, realizaba pingües ventas. Pero al propio tiempo no podía apartar los ojos de determinada personilla que le tenía seducido: Annette. Por ella, por la hija de Gastón hubiera sido capaz de cometer cualquier locura. Y sentía que los celos encendíanse en su alma al observar las atenciones de que Andrés Porel colmaba a Annette y la dulce amistad que parecía existir entre ellos.

—Oiga, Gerard —dijo el posadero—. En lo único que yo estoy interesado es en las pieles de marta. ¿Cuánto pide por ellas?

—Sería capaz de cambiar todas mis pieles por ese animalito, Gastón —dijo riendo Gerard, al ver acercarse a Annette, que acababa de dejar al sheriff.

Gastón soltó una carcajada. Pero la joven, que había oído perfectamente la grosería de Pablo, le respondió:

—Los lobos no hacen pareja más que con los lobos, Gerard.

—¡Oh, muy enfadada está la señorita, caramba! Y lo que son las cosas: ¡no sería preciso que usted

me salvara a mí la vida para que me casara con usted!

Leonia, había ido pasando por el salón, hasta dejarse caer junto al grupo que formaban Gerard con Annette y su padre. Escuchó las insinuaciones del comerciante.

Annette respondió a Gerard con marcado desprecio:

—Usted es como las martas, que tienen más valor muertas que vivas.

—Tal vez cambie usted de opinión, señorita.

—Nunca.

Pero los gritos de las últimas ventas apagaron la conversación. El indio Carlitos había prometido enseñar a Gastón unas hermosas colecciones de pieles que había adquirido. Y el tabernero estaba impaciente para verse a solas con él.

Al terminar la subasta se celebraba un baile al cual concurrían todos los vecinos de La Paix.

Carlitos penetró silenciosamente en el almacén donde Gastón tenía depositadas algunas pieles. Se oía lejana, la música del baile, una danza típica y bulanguera que invitaba a viejos y jóvenes a mover los pies. El posadero estaba de malhumor.

—No sé como has venido, estando toda esta gente en mi casa.

—Es que tú no te figuras a qué he venido —respondió, riendo, con una sonrisa burlona, Carlitos—. Vengo por mi dinero... Acabas de realizar grandes negocios vendiendo las pieles que me adquiriste por unas miserables monedas, y quiero también mi parte.

—¿Tu parte? —respondió el mesonero, con aire feroz—. ¿No sabes que las pieles son mías?... Ya te pagué lo tuyo... ¿Qué más deseas?

—Somos como dos socios, Gastón. ¡Y quiero mi dinero!

—Ni un céntimo... Hemos acabado... Y no quiero nada más contigo. Acabarías por comprometerme.

—¡Alto ahí!... No saldrás de aquí sin que me pagues.

—¡Atrás!... Déjame el paso libre...

—¡No, ladrón!... ¡Voy a decirle al comandante Amiel que he estado robando pieles por cuenta tuya!

—Tú no harás eso, porque...

—Y te mataré si te opones...

El indio se echó sobre Gastón blandiendo un puñal de enormes dimensiones. El mesonero pudo detener el primer golpe y los dos adversarios se enlazaron en una lucha feroz. Jadeaban echando horribles maldiciones. Y entre ellos el puñal brillaba de vez en cuando con un fulgor plateado. Por fin, Carlitos, más hábil y conocedor de las armas, derribó a Gastón y fué a clavarle el puñal en el pecho; pero con esfuerzo sobrehumano Lecour esquivó la brutal acometida, cayendo sobre Carlitos con un odio ciego. Y el arma, blandida por las propias manos del indio, en la rudeza de la lucha fué a clavarse sobre el propio corazón de éste, que cayó muerto sin exhalar un suspiro.

Gastón miró horrorizado su obra. ¿Qué había hecho?... Temblaba como un azogado, con los ojos inmóviles, fijos en el cadáver.

Se abrió la puerta del almacén y penetró un hombre en la estancia. Gastón le miró de un modo estúpido, dispuesto a entregarse, ya sin fuerzas para rechazar la acusación.

Era Pablo Gerard que sonreía con la confianza de quien es poseedor de un secreto importante.

—¿Conque esas tenemos, Gastón? ¿Te dedicas ahora a matar hombres?

—Yo... no...

—No niegues. Estaba ahí cerca... Y lo he oído y visto todo... ¡Magnífico!...

Gastón no respondió, alelado, como si hubiera perdido la razón.

—¿Sabes lo que va a sucederte cuando los indios

sepan que mataste a...? Lo sabes, ¿eh?... Te colgarán... o te darán una muerte más horrible...

—Yo no sé, Gerard... Yo no quería hacerlo... ¡Ay!... Esto será mi ruina... ¡Pobre Annette!

—No te asustes, Gastón... Nadie lo sabrá... la cosa puede quedar entre nosotros como un secreto "de familia"... — dijo, con cierto aire misterioso, el comerciante.

—No comprendo... ¿Qué quieres decir?

—Vas a saberlo pronto... Yo amo a tu hija, a Annette... Si tú consigues que pueda casarme con ella, nada diré y te ayudaré a arreglar eso... De lo contrario... no te espera más que la horca.

—Pero, Gastón... por mí, desde luego, pero ella...

—¡Oblígala! Piensa que de mí depende tu salvación. ¿Aceptas?

Gastón calló un momento, aturdido, vacilante... Junto a él estaba el muerto, con los ojos inmensamente abiertos y fijos en él, como si le acusaran... Pensó en la muerte, en los sufrimientos horribles de los condenados a la última pena, y tomó una decisión. ¡Que se casara Gerard con Annette!...

—Bueno... Conformes... Pero me ha de prometer usted silencio.

—Palabra... Verás qué suegro y yerno tan afortunados... Porque ya te he dicho que lo sé todo... Tú comprabas pieles robadas... Ahora vamos a hacer desaparecer a Carlitos.

—¿Y si nos ven?

—¿Quién quieres que nos vea?... Todos están en el salón bailando... ¡Manos a la obra!

Entre los dos cogieron el cadáver de Carlitos y, abriendo sigilosamente la puerta del almacén, se dirigieron a la calle, abandonada y negra a aquella hora. Con el peso del muerto llegaron hasta cerca del bosque y allí abandonaron su macabra carga, no sin antes asegurarse que nadie había espiado la operación.

Volieron silenciosos. Gerard, hombre sin conciencia, interiormente alegre, porque gracias a aquella casualidad lograría el hermoso regalo de Annette; Gastón, todavía ensombrecido por el ansia del crimen, por la forma monstruosa del remordimiento que comenzaba a dibujarse en su corazón.

Entretanto, el baile proseguía con la serena normalidad de las gentes sencillas, felices en su vivir mediocre. Annette había sido cortejada toda la noche por el sheriff Andrés Porel, no sin que Leonia, despechada, soñara en terribles venganzas.

Había aprovechado aquellas horas de esparcimiento para declarar su amor a la mesonera.

—Estoy enamorado de una chica que se llama... — le había dicho.

Annette, sonriente, le respondió:

—Que se llama Leonia, ¿verdad?...

—Te equivocas, nena. Se llama Annette y está junto a mí, mirándome con sus grandes ojos tan hermosos... Annette, ¿quieres casarte conmigo?

La muchacha no contestó. ¿Eran verdad las palabras de Andrés? ¿O las dictaba únicamente el deseo de un flirt, la ocasión de pasar unos momentos de dulce mentira?...

—¿Es verdad que me quieres, Andrés? — respondió, mirándole hasta el fondo de los ojos.

—¡Oh, Annette!... Te quiero... y no sé cómo decirte... Te quiero... como lo más grande, como lo más hermoso de mi vida...

Ella se reclinó sobre su hombro, muda de felicidad, viendo convertidos en realidades esplendorosas sus sueños de mujercita enamorada.

—Esta noche le hablaré a tu padre, ¿verdad, Annette?...

—¡Ay! ¿Lograremos nuestra felicidad, Andrés?... ¿No habrá nada que se oponga a ella?

Parecía presentir el mal. Entraron en la taberna

Gastón y Gerard. El posadero llamó a su hija y le dijo con visible ansiedad:

—Annette, te pido por favor que trates a Pablo con cariño.

—¿Yo?... ¿A qué viene esta orden?

—No puedo decirte... Es un ruego... Te lo suplico por lo que más quieras...

Había en sus palabras un dolor tan profundo que Annette se conmovió.

¿Qué le pasaría a su padre?... Y para complacerle fué y bailó con Gerard, no sin que le inspirasen repugnancia las palabras amorosas de este hombre que repetía con entusiasmo sus declaraciones de pasión.

Pero, repentinamente, se oyeron voces fuertes y ruidas, y un alboroto obligó a suspender la música. Eran cinco o seis indios que llevaban sobre una camilla improvisada el cadáver de Carlitos.

Se dirigieron al comandante Amiel y uno de ellos, el más significado, dando gritos de dolor exclamó:

—Comandante Amiel... Indio Carlitos... grande jefe muerto... Hombre blanco matado.

Todas las miradas convergieron en el cadáver que tenía el pecho abierto por la roja herida del puñal. Gastón palideció y dirigió la vista a Pablo Gerard como pidiendo protección. Este le contestó con una mirada tranquilizadora.

El comandante llamó a Andrés Porel y le ordenó:

—Sheriff, es necesario buscar cuanto antes al asesino de ese hombre...

Andrés miró al muerto y no pudo reprimir una sonrisa desdeñosa:

—Carlitos era un ladrón — respondió —; estoy seguro de ello, pero se ha cometido un crimen y hay que hacer justicia...

Al oír que acusaban a su jefe, uno de los indios, señalándole con el dedo, y sospechando que fuera Andrés el autor del delito, exclamó:

—¡Tú matar al jefe!... ¡Tú no quererle!...

Annette se adelantó hacia el indio y con gesto de mujer valerosa, pronta a defender a su amado, respondió:

—¡Mientes! El sheriff ha estado conmigo toda la noche... y tú mismo dices que acaban de matar a Carlitos...

—Bueno... Andrés — ordenó el comandante — Ordene usted una persecución inmediata de todo sospechoso...

—Lo haré... Y el que lo haya matado morirá en la horca... ¡Arrestaría a la persona más querida si fuese la culpable!

Y su figura se agigantaba como si representara el emblema de la justicia. Gastón se estremeció todavía más... ¡Ay! ¡Si cayera bajo las garras de un hombre así, servidor ciego de los sagrados móviles de la ley!... ¡No habría perdón para su delito!

Poco a poco fueron desfilando los concurrentes. Los indios se llevaron el cadáver de su jefe. Cuando saliera el sol, Andrés comenzaría la persecución del agresor.

Pero, entretanto, otro sentimiento más dulce turbaba a Porel. Y viendo al padre de Annette no pudo contener su impulso y le declaró la gran pasión que sentía por su hija.

Gastón le miró con ojos extraviados, feroces. ¡Y en un momento así se atrevía aquel hombre a hablar de casamiento! Además, su hija sería fatalmente de Gerard; de lo contrario... ¡ay! tal vez peligrase la vida de Lecour.

—No, de ningún modo...

—¿A qué esta negativa?... ¿Es que tiene usted algún compromiso?...

—¿Por qué no?... Voy a confesárselo a usted... Abrigo el propósito de casar a mi hija con Pablo Gerard... El es un hombre muy rico... Llevará a Annette a Montreal... le pondrá una casa elegante... Le comprará buenos vestidos...

—Yo podré hacer eso con el tiempo...

—Es inútil, Andrés; no se empeñe. Hay poderosas razones en contra...

En otra parte del salón, Annette tenía los ojos fijos en su padre y Porel, y apenas oía las palabras ásperas, que querían ser de amor, del comerciante de pieles... Su padre se acercó a ella y dijo:

—Quiero que te cases con Pablo Gerard... Acabo de decírselo a Andrés que ha tenido la audacia de pedir tu mano.

Andrés y Gerard se miraron en silencio, devorándose con los ojos. Pero Annette respondió, firme y enérgica en sus decisiones:

—Padre... Yo no me casaré nunca con Pablo... Sépalo de una vez... Mi único amor es Porel.

—Tú debes comprender, hija mía, que yo...

—Lecour, no supliques — exclamó Gerard con una sonrisa sardónica—. Ya sabes que me casaré con Annette.

—¡Alto ahí, Gerard!... — respondió el sheriff con la noble dignidad de su carácter—. Annette se casará con el hombre que ella prefiera...

—¡Bah! ¡quién sabe!...

Las palabras se cruzaban mordaces, irónicas, llenas de odios ocultos.

Gerard escanció un vaso de vino negro y brindó:

—¡Por Annette, la gatita montés a quien voy a domar!

El sheriff se dirigió a él, amenazador y terrible:

—¡Si vuelves a poner el nombre de Annette en la boca, no van a quedarte ganas de domar a nadie en la vida!

Parecía dispuesto a pegarle, a caer sobre él y darle muerte. Y Gerard, con la cobardía peculiar en tantos hombres indignos, fué apartándose lentamente, en silencio, procurando buscar la puerta para el caso supremo de la persecución.

—No te preocupes, Andrés — medió Annette, con-

ciliadora—. Yo te aseguro que no me casaré más que contigo... Y ahora, vete a perseguir al asesino de Carlitos...

—Voy a cumplir con mi deber, Annette... Pero cuando vuelva te casarás conmigo... aunque se oponga quien se oponga...

Y salió con aire triunfal, envolviendo en una mirada de desprecio al posadero y a Pablo.

—¡Que vaya diciendo! — repuso, soltando una carcajada, el comerciante. — ¡Tú ya sabes bien que tu hija se casará conmigo!

Annette, entristecida, pensando en su pobre existencia de sacrificada, optó por abandonar el comedor y retirarse a su habitación, sencilla alcoba que le recordaba épocas más felices.

Arrodillóse ante una imagen de la Virgen y expuso con sus oraciones todas las amarguras de su alma. ¿Por qué la privaban de realizar su ensueño dorado?...

Y seguía rezando, con una ingenuidad de mujercita buena, cuando abrióse la puerta y apareció la figura demacrada y pálida de Gastón Lecour.

—Hija mía — le dijo con el aire más triste del mundo —. Yo te quiero bien... Y mi deber es decirte que has de casarte con Pablo Gerard...

—¿Yo? No, padre... Ese hombre me repugna... Pero, ¿por qué ese empeño singular en que me case con él?

—¿Por qué te opones?

—Es que se trata de mi felicidad, de toda mi vida. Vamos, papá, sé razonable... ¿Por qué odias tanto a Andrés?

El viejo la miró suplicante, como si aquella conversación encendiera un fuego morbosos en sus venas.

—No le odio... no tengo motivo para odiarlo...

—Pues entonces... conociéndolos como los conoces a los dos, ¿por qué te empeñas en que me case con Pablo Gerard?

—Por lo que más quieras — dijo Gastón, juntando las manos —, cástate con él. Hazlo por mí...

—Pero... ¡me asustas, papá! ¿Qué ocurre? ¡Tú me ocultas algo!

—No...

Y sentía en su alma un afán de confesarlo todo, de decir a la hija su situación de prisionero de aquel mal hombre.

—¿No tienes ya confianza en tu hijita? Habla, padre...

—Pues bien... no puedo callar por más tiempo... Quizás tú me perdones... Pero yo... dí muerte al indio Carlitos... yo... yo... Y Gerard lo sabe...

—¡Dios mío! — dijo con terror la ingenua muchacha.

—Y ahora ese hombre exige que tú te cases con él a cambio de su silencio. Pero no... no lo harás... Yo sería un criminal al consentirlo...

—¡Pobre papá!

—Voy a entregarme a la justicia... No puedo permitir que te cases con él...

Un sentimiento de ternura llenó el alma de Annette. ¡Pobre padre! ¿Cómo había matado a Carlitos?... Y ahora, tal vez, no le esperase más que ser ajusticiado, la vergüenza de la horca...

—No sufras más, padre... Yo me casaré con Gerard...

—No puedo consentirlo... Es una canallada...

—Silencio... Piensa, si no, en lo que pasaría... Lo olvidaré todo y me casaré con Pablo.

Y murmuró por lo bajo: — ¡Pobre Andrés, cuando lo sepa!

—¿Tú harás eso, hija mía?... ¿De veras, no me engañas?...

—No, no te engaño — repuso con una sonrisa fría, de sacrificada, de derrotada, la inocente joven, que iba a dar la ilusión de su alma para que su padre no fuera a presidio, o a la muerte.



Aquella noticia cayó como una bomba en el pueblo. ¡Annette se casaba con Pablo!... Y la boda se hizo dos días después, rápidamente, con la velocidad con que se deslizan estos acontecimientos entre las gentes que no tienen tiempo que perder.

La boda se celebró por la tarde. Gastón, apenas adivinaba ya el noble sacrificio de su hija. Era uno de esos hombres cebados por la comodidad y la ambición, que consienten en todo con tal de salvarse ellos... Veía el santo gesto de Annette y no le daba el maravilloso alcance que tenía en realidad.

Por la noche se celebró el banquete de bodas. Annette, vestida con traje nupcial, era como una encarnación dolorosa. Junto a ella, Pablo Gerard sonreía orgulloso de su triunfo y festejaba el éxito con continuas libaciones del más fuerte alcohol. Apenas tenía una mirada para su esposa... No la amaba como se debe amar a la mujer; le satisfacía únicamente su pasión brutal de hombre que olvida pronto y se entrega a nuevos y pasajeros caprichos.

Annette meditaba. ¿Cómo sería su vida en lo sucesivo? ¿Tendría que pertenecer a aquel hombre que demostraba ya su horrenda podredumbre interior?

—La novia está triste — dijo uno de los invitados. — ¡Esto es de mal agüero!

Gastón miró a su hija con inquietud y le dijo:

—¿Qué te ocurre?... ¿No te encuentras bien?...

—Padre, no te preocupes por mí — dijo Annette, aparentando serenidad—. Soy feliz.

Pero sus ojos llorosos, su boca palpitante, la expresión melancólica de su rostro de martirio, desmentían la afirmación.

Abrióse la puerta del comedor y apareció la figura arrogante y poderosa del sheriff Andrés Porel.

Este joven había llevado una porción de días entregado a la busca y captura de los asesinos de Carlitos, sin haber podido dar con ninguna pista. Ignoraba cuanto había ocurrido durante su ausencia, y al llegar a él ciertos alarmantes rumores, corrió hacia la posada de Gastón.

Su semblante palideció... ¡No era posible!... Pero ¿no estaba ante él Annette, vestida de novia, junto a Pablo Gerard, el odiado rival, a quien ella despreciaba? ¿Qué significaba todo aquello?

Annette se levantó, amarilla como la cera, sintiendo que su corazón iba a estallar.

—¿Qué es esto? — dijo con voz ronca el sheriff, acercándose a su antigua novia.

Ella quiso aparentar indiferencia y seguir la dolorosa farsa.

—Nada... Me parece que tenía derecho a cambiar de modo de pensar...

Pablo la miraba con los ojos abotargados por la embriaguez, y sonreía fríamente ante la presencia del antiguo rival que ya no podía vencerle... ¡Annette era su mujer!

—No puedo creerlo... ¿Te acuerdas de lo que me dijiste la última vez que nos vimos?

—Nada recuerdo — respondió con voz turbada la joven—. No me importa el pasado... Sólo me debo a mi marido.

Andrés la miró con fijeza, queriendo penetrar hasta el fondo de sus más recónditas intenciones... ¡Mentía! ¡El conocía bien el corazón y el modo de ser de la muchacha!...

—Annette, tú no dices la verdad... ¿Por qué te casaste?...

—Pablo es rico... Por eso me he casado con él...
Olvidame... No puedes hacer otra cosa...

Y le volvió la espalda y dijo:



—No puedo creerlo. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste la última vez que nos vimos?

—Adiós, señores... Voy arriba a cambiarme este vestido... Salimos con Pablo dentro de dos horas para Montreal.

Porel la vió marchar, como si fuera a tambalear-

se... ¡Oh, aquello era imposible! ¿Era verdaderamente Annette la que se casaba? ¿A qué venía aquella transformación tan súbita, tan sorprendente, llena de una brusquedad nunca soñada? ¿Qué móvil ocultaba todo aquello?... Miró a Pablo... Sintió repugnancia por ese rico que ponía sobre su corazón el tesoro de su dinero. El era pobre, pero valía más... De pronto, le pareció que el mundo era una inmensa mentira, llena de egoísmos y traiciones... El había sido una víctima. Pero, ¿cómo olvidar a Annette?

Mientras tanto, la hija de Lecour había subido a su cuarto... La presencia de Andrés, su verdadero y único amor, la anonadaba... ¡No era posible vivir así!... Dentro de unas horas vendría Pablo, oliendo a vino, a besarla; y la boca inmunda de aquel goloso se pasearía por sus labios, manchándolos con su contacto frío y abyecto de serpiente... No... No... ¡Y ¡ay! ¿qué habría pensado Andrés de ella?... ¿En qué concepto tan bajo la tendría?... ¡Venderse por dinero, como una cualquiera!... ¡Olvidar las promesas, el amor, todo, por el metal!... ¡Estaba deshonrada... deshonrada!...

Llena de desesperación, como una sombra siniestra y cobarde, la idea del suicidio pasó por su mente... Era el único remedio... Morir. ¡Desaparecer!... ¡Ir a ocultar todas las desdichas en el agujero frío y eterno de la tumba!

Buscó un arma, algo con que cortarse las venas... ¡Quería morir... morir cuanto antes!... Y que cuando viniera Pablo a exigir sus derechos comprados, no encontrara más que un cuerpo exánime... El alma, no...

Y recordó, entonces, cierto frasco que le había dado el médico el día en que fué herido Andrés y aquellas palabras que aquél le dijo:

—Si ves que el dolor no le deja dormir, dále seis gotas... Pero no más de seis gotas... **que es veneno.**
¡Veneno! Lo que ella quería... lo que ella anhelaba...

ba... Cogió maquinalmente la botellita mortal que tenía encerrada en un armario. Estaba bien decidida. Iba a morir. Pero antes, por esa necesidad que experimentan todos los suicidas de dejar unas líneas aclarando el porqué de su determinación, escribió en un papel:

"No tengo valor para soportar la vida junto a ese hombre.

"Sólo a ti, Andrés, te he querido. Annette."

Ya cumplido este supremo deber, llenó un vaso de vino echando en él todo el contenido del veneno.

Estaba trastornada; su imaginación no regía ya... Vió la imagen a la que tantas veces había orado... y quiso decir por última vez una plegaria...

La puerta se abrió sigilosamente, y un hombre que se tambaleaba, embriagado, apareció en el umbral.

¡Era Pablo Gerard!... Annette dió un grito al reconocerle. ¡Este hombre aquí! ¡Oh! Quiso ir a la mesa para apurar de un sorbo el veneno, pero se sintió cogida por unos brazos fuertes que la agarraban, por un cuerpo que se desplomaba sobre ella, asfixiándola con el poderoso olor del vino fuerte.

—¡Apártate!...

—¿Por qué?... ¿No soy tu marido?... Tengo derecho sobre ti. ¡Eres mía!...

Y la besó... Y su boca helada de serpiente fué mordisqueando el fruto de sus labios de coral, de su cuello blanco, lleno de una plenitud juvenil.

—No seré nunca tuya... nunca... te he engañado... ¡te odio! — exclamó la muchacha, desprendiéndose, en poderoso arranque, de sus brazos.

—No grites, no quiero que te pongas así... ¡Y trátame con cariño si le tienes aprecio a la vida!

Pablo sentóse ante la mesa y al ver el vaso lleno de vino, nervioso y con ánimo de coger nuevas fuerzas, lo apuró de un trago...

Annette dió un grito de horror... ¡El veneno! ¡El veneno!... Se lo había bebido todo.

—Ahora serás mía... mía... — dijo, levantándose y pretendiendo abrazarla otra vez.

Pero de pronto sus manos se engarfiaron; su boca se torció en una mueca horrible y sus ojos parecieron ir a saltar de las órbitas.

—¡Me mueró! — gritó.

Llevóse las manos a la garganta. Algo interior, como una argolla mortal le apresaba el cuello, impidiéndole respirar.

Fué una cosa rápida, fulminante. Con las contracciones dolorosas del sufrimiento, Pablo cayó pesadamente al suelo, para no levantarse más. Había muerto.

Annette se puso a gritar, horrorizada... Los gritos se oyeron en el comedor y subieron rápidamente los invitados. ¡Pablo, muerto!...

El tabernero abrazó a su hija que parecía alelada... ¿Qué había ocurrido?

La actitud de Annette hizo sospechar a todos que ella era la asesina...

—Ella no le quería a él... Se comprende el crimen... — decían.

Leonia había entrado en la estancia... ¡Pablo, muerto!... Y la criminal era Annette, la mujer que ella odiaba con toda su alma. ¡Infame!

Llegó el sheriff, sereno y enérgico, como el representante duro de la ley. ¿Era posible que Annette hubiera asesinado a Gerard?...

Leonia, entretanto, había visto la carta que Annette acababa de escribir poco antes, y la ocultó en un bolsillo.

—¿Qué ha sucedido aquí?

—Andrés — explicó Annette—; yo no le maté... Yo decidí quitarme la vida... Eché veneno y vino en un vaso para envenenarme. El, creyendo que era todo vino, se lo bebió... Yo te escribí una carta, Andrés... aquí debe estar...

Pero la carta había desaparecido, escondida oportunamente por Leonia que de esta manera perdía a su rival...

—¡Oh, la carta!... ¿dónde está?...



Pablo cayó pesadamente al suelo, para no levantarse más.

Buscaron inútilmente... Los invitados la miraban moviendo la cabeza. ¿Por qué negar? Ella era la culpable de todo.

Annette se desesperaba.

—¡Mi carta!... ¡Mi carta!...

—Desengáñate, Annette — dijo severamente el sheriff—. Si hubieses escrito una carta, estaría ahí.

—¡Lo juro, lo juro... quieren perderme!...

—Andrés — dijo Leonia—; me parece que la cosa está clara... Yo una vez le oí decir que Pablo valía más muerto que vivo...

—¡Soy inocente... lo juro!...

Gastón aparecía anonadado. ¡Otra desgracia sobre ellos!... El sheriff sufría horriblemente... ¡Aquella mujer, su antigua enamorada, convertida en una criminal! Y él, allí, era la justicia que debía detener sin compasión...

—Tengo que cumplir con mi deber — dijo — y detenerla a usted, Annette.

—¡Hija mía!... — gimió Lecour.

—No llores, padre, que yo lograré probarles mi inocencia...

Andrés se inclinó, ceremonioso.

—Creo que Annette no es culpable, y confío en que Dios la ayudará a demostrar su inocencia... Pero ahora yo soy un servidor de la ley...

Y poco después, Annette era conducida a la cárcel de La Paix. Y Andrés se decía que la muerte era una cosa apetecible en aquel instante.



Las cosas fueron rápidas, con la energía de las gentes montaraces. Nadie pudo evitar que Annette fuese condenada a la última pena...

Pocas veces el sufrimiento de un hombre ha sido tan intenso como el de Gastón Lecour. Había ido a despedirse de Annette en la cárcel y le dijo:

—Voy a descubrirlo todo... Quiero que me cuelguen a mí en tu lugar...

Annette, enflaquecida y llorosa, respondió:

—Papá, ¿no comprendes que tu confesión no me beneficiaría a mí?... Entonces subiríamos los dos a la horca.

—¡Annette... Pobrecita mía... Niña de mi vida... tú no puedes morir!...

—No llores más, papá. Nada puede salvarme...

Al día siguiente, al amanecer iba a realizarse la ejecución. El pueblo bárbaro y morbosos estaba ansioso de venganza... En vano, Andrés Porel hizo lo imposible para alcanzar el indulto... Nada logró... Y se desesperaba y enloquecía al pensar en el fin de aquella criatura deliciosa que se llevaba a la tumba el misterio de su crimen...

Era una mañana gris, brumosa... Se había levantado la horca al pie de una montaña. Annette salió de la cárcel, junto al sacerdote que le prodigaba los últimos auxilios... Andrés, por su cargo de sheriff, debía asistir a la ejecución... y hubiese deseado que el condenado fuese él... ¡Annette! ¡Oh! estaba convencido de que en realidad ella no era culpable. Y aunque lo fuera... ¿por qué matar a una pobre mujercita así?...

Annette musitaba las últimas oraciones, pálida y emocionada... Llegó ante la horca... Sintió ya el frío de la muerte... Y de pronto, todos vieron a un hombre que subía al patíbulo y allí gritaba con grandes voces:

—¡Fuí yo! ¡Fuí yo quien maté al indio Carlitos!...



—Fuí yo... fuí yo quien maté al indio Carlitos... Yo soy el responsable de la muerte de Pablo Gerard.

¡Yo soy el responsable de la muerte de Pablo Gerard! ¡Colgadme a mí! ¡A ella no, a ella no!

—¡Padre! ¡Padre! — gimió Annette.

Y de pronto, arriba, en la cima del enhiesto pico cubierto de nieve, la mano de Dios dejó sentir su omnímodo poder... Se resquebrajó la montaña, y blo-

ques enormes de nieve, compactas y duras masas, rodaron hacia abajo.

—¡La avalancha!... la avalancha!... — exclamaron todos retrocediendo.

Y una piedra enorme fué a caer sobre la horca destrozándola y derribando a Gastón que quedó aplastado bajo su peso.

Hubo unos minutos de terror... El aire estaba cargado del polvo de la nieve. Pero poco después, pareció renacer la tranquilidad...

Fueron en auxilio de Gastón. ¡Había muerto!... Y como la horca estaba destrozada, tendría que aplazarse unas horas la ejecución... Annette no hablaba... rezaba por su padre muerto...

Una figura de mujer corrió hacia el sacerdote y echándose a sus pies exclamó:

—Padre... tengo miedo al castigo de Dios... Yo quemé la carta que Annette escribió a Andrés cuando intentó suicidarse...

Era Leonia... y había tal acento de sinceridad, de arrepentimiento en sus palabras, que el pueblo, impresionado por la avalancha que había suspendido la ejecución, creyó en ellas...

—¡Annette es inocente!... ¡Es inocente! — exclamaron todos... ¡Hay que indultarla!

—¡Annette! — gimió Andrés—. Pequeña mía... Dios te ha salvado... Porque lo que dice Leonia es verdad... y tú ya no irás a la muerte... Pero... maldita Leonia — rugió—; caerá sobre ti todo el castigo de tu infamia... Ibas a consentir la muerte de una inocente...

Leonia lloraba, aterrada... Annette, desfallecida, la dijo:

—Te perdono...



Y pasó algún tiempo... Y todos olvidaron... Andrés pudo casarse con Annette, y unos años después



Unos años después los hijos alegraban el hogar.

los hijos alegraban el hogar. Y Annette, olvidando que estuvo dos veces cerca de la muerte, sólo piensa en vivir para los suyos.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La grandiosa novela

MACISTE EN LA JAULA DE LOS LEONES

Creación del gran atleta MACISTE y de la
bellísima artista *Elena Sangro*.

Argumento de gran emoción e interés.

Postal-regalo: IRENE RICH

LA NOVELA FILM sale todos los martes

32 páginas

30 céntimos

LEA USTED

la preciosa novela:

Bajo el cielo de Monte-Carlo

que aparecerá mañana en la BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de "La Novela Semanal Cinematográfica"

Novela de gran realismo, interpretada por la
bella artista BETTY BALFOUR.

Portada bicolor - 64 páginas - Numerosas fotografías

Precio popular: 30 céntimos

IMPORTANTE:**Al público**

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:**A LOS CORRESPONSALES**

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

Sociedad General Española de Librería,

Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barbado, 10, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferraz, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

